

### CAPÍTULO III

## LOS SISTEMAS MAYAS DE SUBSISTENCIA Y PATRÓN DE ASENTAMIENTO: PASADO Y FUTURO

Los estudios sobre asentamiento dan base para interpretar todos los aspectos de las costumbres mayas del pasado. Tales análisis han logrado alterar, de modo significativo, nuestra percepción del Periodo Clásico de la sociedad maya de las tierras bajas. Ahora disponemos de pruebas para demostrar que los centros mayas de las tierras bajas estaban más densamente poblados de lo que creían posible anteriores investigadores. De hecho, la mayoría de los centros del Periodo Clásico estaban tan firmemente asentados, que no podían haberse sostenido con las técnicas relativamente simples de la agricultura de *milpa* contemporánea, esto es, tala y quema de barbechos (cf. Harrison y Turner, 1978). Así pues, los investigadores han tratado de comprobar y comprender los métodos de cultivo más intensivos realmente utilizados por los mayas. Esta investigación constante no sólo ha demostrado de modo categórico que los cálculos de población no pueden basarse en niveles de producción derivados de la *milpa* tal como hoy la conocemos, sino que han establecido la complejidad del antiguo sistema maya de asentamiento, sugiriendo así que los antiguos mayas pueden ser considerados como creadores de grandes ciudades (cf. Haviland, 1979; D. Chase *et al.*, 1990) y no sólo como temporales ocupantes de ajenos centros ceremoniales dejados vacantes (cf. Vogt, 1983).

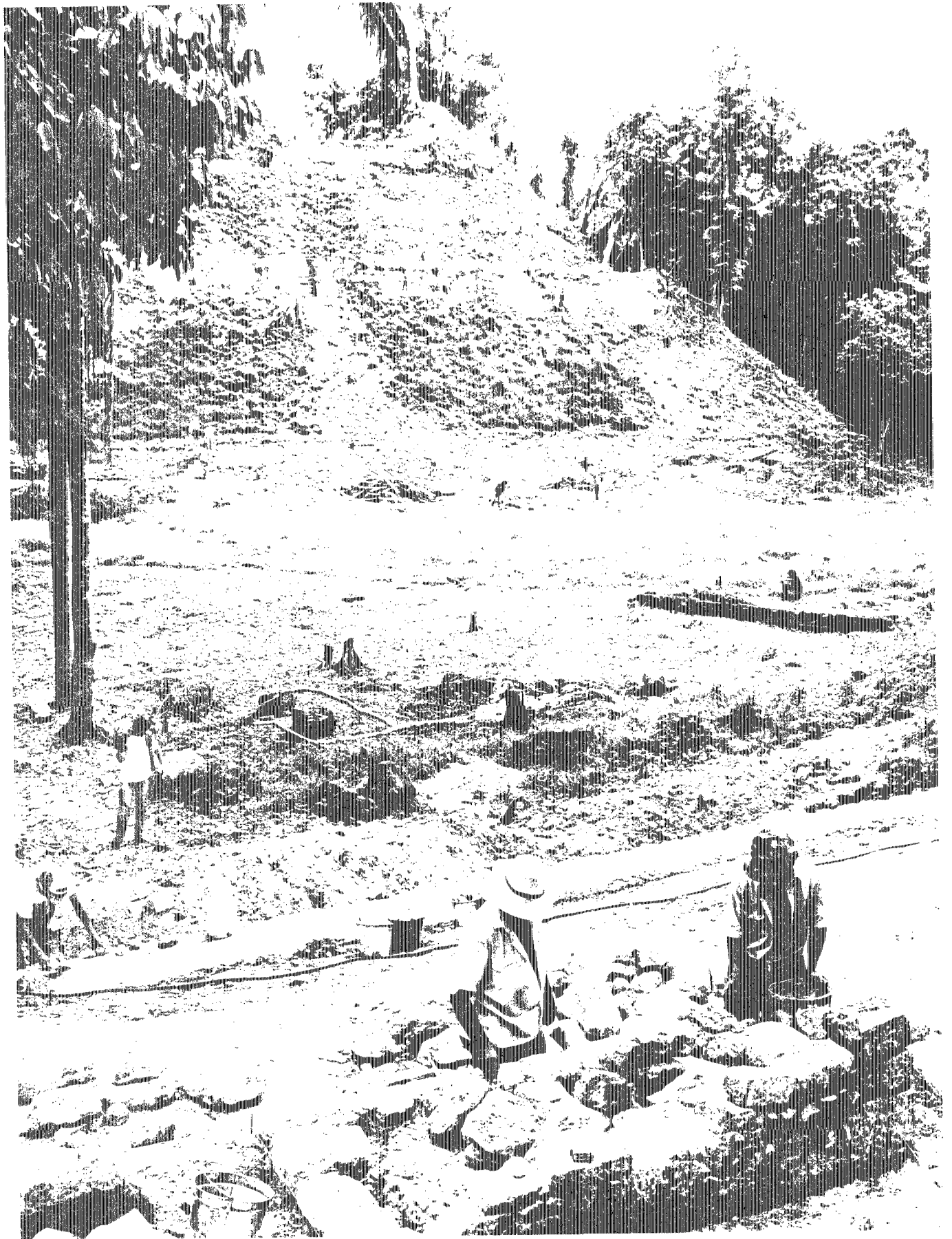
Las investigaciones sobre el patrón de asentamiento en las tierras bajas mayas forman un área de indagación sólidamente establecida. A pesar de que el trabajo sobre asentamientos se expresa en series de categorías básicas, la totalidad de éstas abarcan las vías por las cuales los seres humanos se establecen sobre el territorio. Los estudios sobre los antiguos asentamientos mayas se han concentrado en una variedad de niveles, que incluyen: investigación sobre los sistemas agrícolas (cf. Harrison y Turner, 1978), trabajo sobre las llamadas «pequeñas estructuras» (cf. Haviland *et al.*, 1985), consideración sobre la función de tipos específicos de estructuras o grupos (cf. Becker, 1982), cambios en el tiempo de los módulos estructurales de asentamiento (cf. A. Chase, 1983, 1985), investigaciones sobre áreas enteras de asentamiento alrededor de centros mayores (cf. Kurjack, 1974), estudios regionales (cf. Ford, 1986), así como estudios más amplios concernientes a las relaciones entre emplazamientos (cf. Marcus, 1976; D. Chase, 1986).

Se atribuye generalmente a Gordon Willey (1956) el inicio formal de la investigación sobre asentamientos en el área maya. Sin embargo, algunas cuestiones sobre dicho tema fueron incorporadas explícitamente en una investigación anterior realizada por el Instituto Carnegie de Washington, en poblados tales como Uaxactún. A pesar de esta larga historia de investigación, hay, sin embargo, muchas cuestiones sin resolver en lo que concierne a los mayas y sus asentamientos. Y los investigadores, aunque recopilan continuamente nueva información sobre la vida maya, apenas están empezando a contestar algunas de las cuestiones que llamaron la atención de eruditos anteriores.

#### UNIDADES DEFINITORIAS Y METODOLÓGICAS PARA UN ANÁLISIS DE LOS PATRONES DE ASENTAMIENTO

*Fig. III.1.—Las investigaciones de la porción epicéntrica de un poblado forman parte integral de cualquier estudio sobre módulos de asentamiento. Las excavaciones aquí mostradas se realizan en un «palacio» (parte frontal) en Cuana, el complejo arquitectónico más importante de Cancul (México).*

Los «patrones de asentamiento» estudian la distribución de antiguos vestigios humanos sobre un territorio e incluyen «el 'universo' total del asentamiento, así como el



específico bajo investigación» (Ashmore y Willey, 1981:4). Los estudios sobre módulos de asentamiento no pueden limitarse, por tanto, al solo enfoque de las construcciones domésticas, ni a la sola consideración de las áreas periféricas de ocupación alejadas del centro. Un análisis parcial de los métodos empleados por varios proyectos para el estudio de los sistemas de asentamiento mayas (Tikal - Puleston, 1983; Quiriguá-Ashmore, 1981b; Dzibilchaltún - Kurjack, 1974; Seibal - Tourtellot, 1982) indican que hay gran variedad en cuanto a las áreas cubiertas por la investigación y en cuanto a las técnicas utilizadas por los distintos investigadores. Tal revisión hace también evidente que, aunque la arqueología de asentamiento se propone incluir todos los aspectos de la ocupación de un territorio, en la práctica la logística determina divisiones de la investigación en pequeños paquetes. En tanto que esto tiene la ventaja de hacer más manejable el trabajo, ofrece por otro lado la desventaja de no facilitar una visión global del sitio arqueológico, en especial porque los datos del «centro» y de la «periferia» son controlados a menudo por diferentes investigadores, que se plantean diferentes tipos de preguntas. Pero es aún más grave el hecho de que tales divisiones de un sitio en área «central» y área «periférica» pueden reforzar, sin proponérselo, una eventual concepción artificial y espurea de las divisiones entre las varias zonas de un asentamiento (cf. A. Chase y D. Chase, 1987:49-51). Problemas de muestreo, causados tanto por el reducido tamaño de la unidad de investigación como por la amplia área cubierta, también son inherentes a las excavaciones realizadas como parte de cualquier estudio sobre módulos de asentamiento. Aunque se ha argumentado que las técnicas tradicionales de muestreo están determinadas por consideraciones pragmáticas, estas técnicas limitan las interpretaciones resultantes de los datos de un asentamiento.

No es sólo difícil prospectar el área que va a ser investigada, sino que los fondos disponibles restringen de igual modo el trabajo que debería hacerse y que no puede ejecutarse. Así, aunque pueden quedar registradas en el papel amplias áreas, sólo zonas sumamente pequeñas de un asentamiento son rastreadas por medio de excavación: usualmente por el método de un pozo testigo. A menudo estas unidades sólo pueden dar una idea general sobre cuándo fue o no fue ocupada una determinada área. Dentro de unidades tan pequeñas de excavación, sólo raramente se recuperan vestigios indicadores de costumbres. Esto implica que los registros recuperados en un proyecto sobre módulos generales de asentamiento no pueden usarse para explicar cuestiones sobre costumbres, y menos sobre aquellas referentes a procesos.

Para entender la estructura de un registro arqueológico como indicio de costumbres y para poder discernir, con tal base, un cambio de la organización social, debe utilizarse una unidad de interpretación que tenga relación directa con la actividad pasada. A menudo esa unidad es un «depósito»: algo que sea significativo de costumbres, y que pueda ser derivado del registro arqueológico. Los tipos de depósitos mejor conocidos incluyen tumbas y entierros, así como desechos y escombros de lugares de trabajo. Los depósitos primarios pueden ser aparejados con excavaciones de estructuras prospectadas, a fin de revelar descripciones certeras sobre la función de las costumbres, así como de su cambio en el tiempo. Por tanto, si uno tiene el propósito de reconstruir costumbres, entonces no puede usar la estrategia de excavación que es hoy de uso común en la arqueología de asentamientos. Para hacer interpretaciones concernientes a la integración de los sistemas religioso, social, económico y político en un poblado maya se requiere una excavación exhaustiva, cuidadosamente diseñada para revelar los vestigios necesarios indicativos de costumbres. Este tipo de excavaciones es indispensable para interpretar las actividades realizadas en un sitio determinado. También son cruciales para establecer las funciones globales en un sitio específico y para la definición de otros términos fundamentales, tales como «hogar».

Aunque Ashmore (1981a:43) define la unidad mínima para el análisis de patrones de asentamiento como un «rasgo», ella (1981a:47) enfatiza que «la esencial unidad funcional del asentamiento es el hogar». Esta unidad hogareña, o «estructura», forma el bloque primario de construcción para la mayoría de los estudiosos de la arqueología de asentamientos. Dicha unidad es combinada, de modo piramidal, con otras estructuras, a fin de formar emplazamientos en gradas llamados «grupos» o «poblados». En verdad, el registro arqueológico es incierto en cuanto a la determinación

de lo que es una casa o un hogar: son éstas materias sujetas a mucho debate e interpretación. Un consenso general acerca del área maya ha aplicado el «principio de abundancia» al registro arqueológico, para argumentar que la mayoría de las plataformas terraplén, apreciadas en cualquier poblado maya, constituyen la casa múltiple de los mayas y, por extensión, su hogar (cf. Culbert y Rice, 1990). Sin embargo, es importante anotar que no es ésta una definición estrictamente arqueológica. Aunque se advierte que «el estudio de modelos de asentamiento debe incluir también la consideración sobre el modo de articulación» de casas, así como otros rasgos característicos (Ashmore, 1981a:43), a menudo los datos recuperados excluyen tal consideración. Se elaboran con frecuencia listas o tipologías de tumbas y de otros datos; los «tipos» de grupos y estructuras pueden ser diferenciados; los poblados pueden aparecer jerárquicamente ordenados. Pero en el mundo unidimensional de los asentamientos (tal como hoy se realizan), raramente se encuentra una preocupación por temas referidos a las costumbres o a la evolución del mundo investigado, asuntos éstos que deberían ser el objetivo final de cualquier estudio sobre patrones de asentamiento. Aun así, es importante la articulación de varias clases de información con los depósitos primarios, en lo que concierne a las interpretaciones de rango medio y superior: desde la determinación del número de habitantes hasta consideraciones sobre la organización social, territorial o política.

#### RECONSTRUCCIÓN DE POBLACIONES Y SISTEMAS DE SUBSISTENCIA

Por varias razones es importante conocer el número de personas que alguna vez habitaron un poblado. Primero, da información sobre la población que el medio dado hubo de sostener en una determinada época. Segundo, el número de habitantes en un sitio dado tiene una obvia relación con el nivel de complejidad de la vida diaria en ese sitio. Finalmente, cuando se hace una comparación global entre diversas partes del área maya, tal número de habitantes ayuda a la interpretación de eventos mayores ocurridos en cualquier tiempo.

El cálculo del número de habitantes que poblaron en un cierto tiempo un sitio dado es difícil de hacer, pero se deduce generalmente de datos de asentamiento a través de ciertas fórmulas aceptadas (cf. Culbert y Rice, 1990). Una vez que las estructuras han sido localizadas y sistemáticamente verificadas en relación con datos generales de la época, es posible reconstruir, para una época determinada, la historia rudimentaria de un asentamiento. Por ejemplo, en Caracol fueron ubicados 128 grupos de plazas, con un total de 677 estructuras, en un área de 2,26 kilómetros cuadrados. La investigación ha indicado que la mayoría, si no todas, de las estructuras estaban en uso hacia 700 d.C. aproximadamente. Se pudo determinar que siete grupos de 64 estructuras estaban destinados a funciones no residenciales. Asumiendo que el 10% de las restantes estructuras no estuvieran en uso, puede considerarse que en 700 d.C. estaban ocupadas 541 estructuras. Esto equivale a 244 «casas» por kilómetro cuadrado. Utilizando la cifra —deducida etnográficamente— de 5 a 5,6 personas por vivienda, resulta una población estimada de 1.220 a 1.386 personas por kilómetro cuadrado. Advirtiendo que esta densidad sea típica del poblado y que el centro de Caracol comprende entre 28 y 50 kilómetros cuadrados, es posible proyectar una población total para la ciudad, en 700 d.C., de 34.160 a 69.300 personas. La población total del lugar en otras épocas puede ser ajustada, hacia arriba o hacia abajo, de acuerdo con la apreciación de cuántos grupos y cuántas estructuras estaban ocupadas en un tiempo dado, y según el número de instrumentos encontrados en el área del emplazamiento explorado.

Es obvio que hay dificultades inherentes a la deducción de los números mencionados. Se han hecho presunciones en cuanto a lo que constituye un hogar, en este caso, una estructura dada. Pero ¿qué sucede si el grupo mismo constituye un hogar? Entonces las cantidades del asentamiento se reducirían aproximadamente a 120 grupos, con una población de sólo 600 a 672 personas en un área de 2,26 kilómetros cuadrados y una población total, para el emplazamiento, de 7.434 a 14.867 personas. Hay bastante diferencia en la magnitud, y las correspondientes interpretaciones acerca de la organización política y social tendrían gran variación. También son afecta-

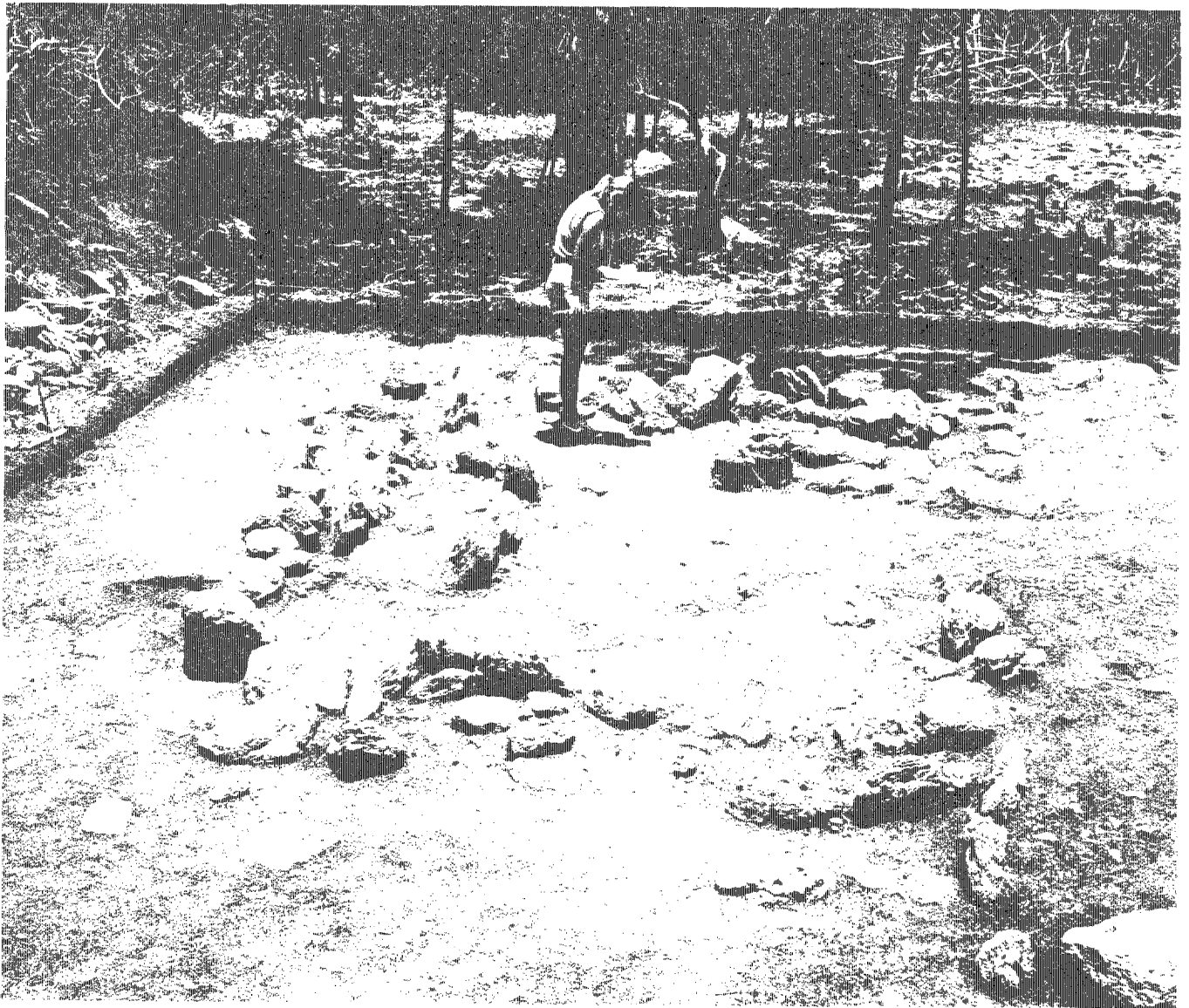
das estas interpretaciones por los cálculos concernientes al número de individuos por hogar. Por ejemplo, ¿qué ocurriría si el hogar del Período Clásico no hubiera estado compuesto de 5 a 5,6 personas, sino más bien de 6 a 9, o aun de 20 a 30? (Culbert y Rice, 1990). ¿Qué ocurriría si sólo el 50% de las estructuras mayas fueran hoy visibles sobre la superficie y el resto formarían construcciones «invisibles»? (D. Chase, 1990). Todas estas cuestiones tienen una relación directa con la reconstrucción demográfica. En tanto que estos problemas puedan ser resueltos, la consecuente aplicación de una metodología habrá de suministrar al menos unidades equivalentes de comparación dentro del área maya.

Los modos de subsistencia están íntimamente ligados a la reconstrucción de la historia demográfica, pero son especialmente difíciles de investigar. La fotografía infrarroja, así como la aérea y por satélite, y la detección por radar, se han intentado, pero con resultados discutibles, a menos que puedan ser verificados por trabajo de campo (cf. Pope y Dahlin, 1989). Las comprobaciones de campo son difíciles de hacer y a veces imposibles, en especial por ser muy variado el terreno y por el hecho de que los sistemas agrícolas especializados no son siempre visibles sobre el terreno, sea por encenagamiento o por falta de huellas permanentes. En Sayil, donde no hay huellas permanentes de sistemas agrícolas, se han utilizado los tests por fosfato para inferir la actividad agrícola (Killion *et al.*, 1989). Sin embargo, dichos tests no son por sí mismos pruebas de actividad agrícola.

Cuando se creía que los mayas habían empleado agricultura de milpa, se pensaba que su población estaba limitada por la productividad de ese tipo de explotación. Al establecerse la densidad de población de los emplazamientos mayas, por obra del sistema de asentamientos, se hizo claro que los mayas han debido utilizar otros métodos agrícolas. Algunos de ellos, tal como el sistema de terrazas, ya habían sido documentados en la primera literatura sobre los mayas, pero habían sido ampliamente ignorados como fuentes de producción alimenticia, hasta que se hizo necesario considerarlos de nuevo para explicar un más elevado número de habitantes. Aún hoy sabemos muy poco sobre el sistema de terrazas y cómo funcionaba dentro del mundo maya, pero eso está cambiando. Considerado alguna vez como el último recurso para el cultivo de tierras marginales, ahora se reconoce que dicho sistema de terrazas constituye huella común de producción agrícola en dos sitios del área maya, separados espacialmente. Terrazas del tiempo precontacto se extienden al sur de Campeche y de Quintana Roo (México), así como a todo lo largo del área del piedemonte maya, en las montañas de Belice, pero en general no se encuentran en otras partes. En Caracol (Belice), el sistema de terrazas está integrado con la plaza y caracteriza todo el sistema del asentamiento. Sistemas menores comienzan inmediatamente adyacentes a los grupos epicéntricos del poblado, en tanto que sistemas mayores —algunos con terrazas de una longitud superior a 500 metros—, se encuentran en el centro del poblado. De hecho, las interrelaciones que existen en Caracol entre el asentamiento y las terrazas son indicativas de la existencia de los hipotéticos «jardines-cocina» de Tikal y otros poblados (A. Chase y D. Chase, 1983; D. Chase *et al.*, 1990; Killion *et al.*, 1989), por lo cual Caracol ha sido llamada «ciudad-jardín» (A. Chase y D. Chase, 1987:53). El trabajo posterior permitirá quizá demostraciones sobre la propiedad de la tierra, consideración ésta esencial para interpretar las unidades organizativas de los mayas.

La investigación de asentamientos ha revelado también la existencia de agricultura hidráulica en el área maya, en forma de terrenos «elevados» o «canalizados». En realidad, la existencia de tales sistemas ha sido firmemente establecida para el norte de Belice y para el drenaje Candelaria de México (Flannery, 1982; Turner y Harrison, 1983; Pope y Dahlin, 1989). Sin embargo, no es posible aún la datación de tales sistemas: se hacen cálculos que van desde el Preclásico Medio hasta el Posclásico Temprano. Por tanto, aún no es posible determinar las plenas ramificaciones de los terrenos elevados y canalizados. En particular, y en tanto su uso pueda datarse con seguridad, los sistemas intensivos no pueden correlacionarse ni ser usados para explicar grandes periodos de crecimiento y/o declinación del área maya.

Hay claras directrices para futuros estudios de población y de cuestiones de subsistencia, en particular porque asentamiento y subsistencia tienen fuertes implicaciones para una más amplia interpretación de la antigua sociedad maya. En especial,



*Fig. 13.2—Para comprender los asentamientos antiguos en un sentido distinto al simple criterio temporal y espacial, deben emplearse diseños investigativos cuidadosamente planeados, que incluyan excavaciones de sondeos a recuperar de posición al tipo de que formas de construcción y sus fundamentos, lo mismo que su historia. Se muestra aquí una amplia excavación en un asentamiento alejado de Santa Rita Cozumel (Bélico).*

¿qué relación existe entre los sistemas de subsistencia y la población de un cierto lugar? ¿Qué significa la presencia de terrenos de cultivo en el centro del poblado? ¿Se pueden utilizar tales terrenos para determinar antiguos sistemas de propiedad de la tierra y de administración? Otras importantes preguntas (sin respuesta) conciernen a los cambios, a través del tiempo y del espacio, de los sistemas de subsistencia. ¿Constituyen los mayas una civilización hidráulica fracasada o fueron utilizados simultáneamente los sistemas de terrenos elevados y de terrazas? ¿Cómo se relacionan entre sí, con respecto a los sistemas de producción agrícola, los diversos poblados? ¿Puede incorporarse la agricultura maya a un sistema jerárquico de asentamientos, donde ciertos sitios funcionan como «graneros», i.e. áreas que producen para otras ciudades? La evidencia de Pulltrouser sobre ciénagas al norte de Belice sugiere que éste hubiera podido ser el caso: allí el sistema hidráulico producía, en apariencia, mucho más de lo que se necesitaba para la población local (Turner y Harrison, 1983: cuadros 13-2 y 13-3).

#### ORGANIZACIÓN TERRITORIAL, SOCIAL Y POLÍTICA

Dada su amplia definición básica, los estudios sobre patrón de asentamiento han de formar una base primaria de datos, de los cuales puedan derivarse más altas consi-

deraciones sobre la organización territorial, social y política de los mayas, así como sobre cualquier variación regional o temporal de dichos sistemas. Estos temas de interpretación se han abordado a través de un uso combinado de datos etnohistóricos, epigráficos y de asentamiento. Sin embargo, ha sido muy variable el rigor de las metodologías empleadas. Trabajos que utilizan datos etnohistóricos han extrapolado, en ocasiones, y de modo simplista, descripciones del período de contacto a información anterior, aunque los datos arqueológicos del período precontacto no siempre avalan aquellos modelos deducidos por la vía etnohistórica (D. Chase y A. Chase, 1988).

Muchos arqueólogos aceptan aún el modelo tradicional de organización social maya, que cree discernir dos divisiones básicas en dicha sociedad a través de su historia. Estos grupos han sido caracterizados de diverso modo: como sacerdotes y campesinos, nobles y plebeyos, o elite y no elite. Cualquiera que sea la terminología empleada, es muy posible que tales divisiones no reflejen adecuadamente la situación arqueológica, en particular cuando los estudios de asentamiento van asociados a programas de excavación que brindan datos sobre técnicas de construcción, distribución de instrumentos y (muy importante) tumbas. Un trabajo con estos materiales en el poblado protohistórico de Santa Rita Corozal (Belice) indicó un *status* social jerarquizado (D. Chase y A. Chase, 1988:75-76). Investigaciones realizadas en poblados de fechas más tempranas sugieren que este modelo puede ser proyectado hacia atrás en el tiempo (A. Chase y D. Chase, 1987:57). Esta jerarquización no implica la falta de división en grupos sociales más formales, sino más bien la incapacidad del actual análisis arqueológico para efectuar divisiones apropiadas. Un trabajo posterior, al enfocar el conjunto de más de una clase de datos, tendrá que rectificar esta situación. A pesar de ello, aún subsiste información sustancial para arrojar dudas sobre la continuada aceptación del modelo tradicional de dos grupos como distintivo de la organización social.

Las discusiones sobre concentración dominan las conversaciones sobre organización del poblado. El modelo concéntrico, en el cual se considera que la elite maya vive alrededor de un sitio central, en tanto que las personas pobres viven mucho más apartadas, deriva de la *Relación de las cosas de Yucatán*, del obispo Landa, escrita en el siglo XVI. Y tal como es entendido, representa una extensión lógica de la división clasista de la sociedad maya. En tanto que una primera mirada ingenua a los mapas de la mayoría de los poblados mayas podría sugerir la concentración, sólo por la arquitectura pública presente en las llamadas «áreas centrales», el modelo Landa determina algo más que una arquitectura central. Él afirma claramente que las residencias están localizadas alrededor de la arquitectura central, para significar así que la mayor distancia del centro es proporcional a un *status* social decreciente. Tal relación inversa entre *status* y distancia sería relativamente fácil de comprobar mediante el registro arqueológico, si así fuera el caso. A pesar de afirmaciones en contrario, al interpretar de modo estricto el modelo concéntrico se advierte que éste no coincide con la mayoría de los poblados mayas (cf. A. Chase y D. Chase, 1987:57-58; D. Chase y A. Chase, 1988:68-71). El uso que hace Landa de tal modelo sugiere que él trataba de ordenar el mundo maya sin un claro entendimiento de los complejos principios de planificación que han debido presidir la creación de la ciudad maya. El registro arqueológico sugiere un modelo más heterogéneo y complejo.

Parte del problema para abordar la organización social de un cierto poblado deriva de un punto crítico: los estudios sobre módulos de asentamiento tienden a enfocar solamente la distribución de estructuras y de grupos estructurales sobre el territorio. No se ha considerado de modo amplio el hecho de otras alteraciones del territorio, como caminos, terrazas y muros. En lugar de ello, se ha prestado gran atención a los detalles de la superficie: el número de estructuras en un grupo, la masa volumétrica de estructuras y grupos, la calidad de la estructura o de la construcción de grupos y la distancia que separa a tales unidades de otros signos del poblado, tales como su epicentro. Se ha puesto poco énfasis en excavaciones que arrojen datos concernientes a vestigios materiales, vinculados a tales estructuras o grupos, o a la articulación de tales datos como cuestiones de organización social. Tales vestigios son de particular importancia si uno trata de contestar preguntas referentes a la composición de un grupo estructural específico. ¿Estaba ocupado ese grupo por una familia extensa? ¿O familias de diferente *status* social ocupaban el mismo grupo? ¿Los es-

pecialistas vinculados vivían en esos grupos? Datos surgidos de las excavaciones contestarán en último término muchas de las preguntas ahora bajo consideración en la arqueología maya, en lo que se refiere a concentración, número de las clases sociales, distribución de especialistas y propiedad de la tierra.

No se pueden esperar, sin embargo, que todas las partes del área maya tuvieran, en una época determinada, similares estructura y organización. Los estudios sobre patrón de asentamiento han establecido ya diferencias reconocibles en los tipos de poblados que existían en las tierras bajas del Sur durante el Período Clásico. Poblados compuestos por gran número de estructuras aisladas o de plataformas son comunes en el norte de Belice. Áreas habitacionales adosadas, formadas por varias estructuras dentro de un «grupo» singular e indicativas de áreas de vivienda de alta densidad, son visibles en Copán. Caracol muestra, sobre el terreno y por fuera del epicentro del poblado, un emplazamiento regularizado de grupos en una sola plaza. Tikal tiene un modelo mezclado, en el cual son comunes múltiples grupos de plazas. Las ramificaciones de estas diferencias notorias, en lo que toca con la distribución de los asentamientos, son hasta el presente desconocidas.

El listado de rasgos característicos los conteos simples, la cuantificación volumétrica y la teoría de una plaza central son datos que han sido utilizados para tratar de comprender cómo ordenaban los mayas sus poblados. Se han hecho otros esfuerzos para determinar las relaciones jerárquicas entre los poblados mayas, basados en registros jeroglíficos. Al relacionar «glifos emblema» con las polis, Marcus (1976) argumentó que cuatro centros principales definían el mundo maya del Período Clásico: Copán, Tikal, Calakmul y Palenque. Este modelo fue primeramente deducido de la existencia de estos cuatro glifos emblema en un solo monumento en Copán. Epigrafistas tales como David Stuart, sin embargo, afirman ahora que tal ocurrencia no tiene ninguna relación con las polis, sino que registra simplemente el nombre de cuatro individuos que participaban en una ceremonia religiosa en Copán. La proliferación de glifos emblema durante el Período Clásico Tardío también se ha utilizado para sugerir una «balcanización» o ruptura del área maya, que a lo largo de la Era Clásica se hubiera deshecho en unidades independientes cada vez más pequeñas (Mathews, 1985). Sin embargo, estos mismos datos pueden ser interpretados como la representación de un incesante relleno de la jerarquía maya, a lo largo del Período Clásico Tardío. Bonampak, por ejemplo, tiene su propio glifo emblema, a pesar de que estuvo claramente bajo el dominio de Yaxhilán, de lo cual existe documentación derivada del propio registro jeroglífico.

Considerado la detallada exposición de los jeroglíficos y/o de otro tipo de evidencia arqueológica, pueden descubrirse las diversas relaciones entre los poblados. Algunas veces estos registros indican directamente una relación secundaria, vale decir, subsidiaria. El registro jeroglífico del poblado guatemalteco de La Rejolla, por ejemplo, es clara señal de un caudillo Caracol. En otras épocas se encuentran indicios indirectos de tales gradaciones jerárquicas. Se conocen poblados líticos especializados en Río Azul (Guatemala) y en Colhá (Belice). En apariencia, Buena Vista (Belice) produjo cerámica especializada policroma, en la tradición Naranja, durante la Era Clásica Tardía. Hay documentación similar sobre sitios de producción dedicados a la agricultura y a la sal. ¿Son tales poblados centros independientes o gozan más bien de una dependencia atenuada, incorporados a polis más amplias? Con base en la falta general de lugares de gran producción en poblados del Período Clásico Temprano (D. Chase *et al.*, 1990), se puede sugerir que se impone la segunda alternativa. Es de esperar que futuros investigadores refinen sus análisis para así incluir mayor información a partir de múltiples clases de datos, con lo cual se lograría una visión más global de poblados, regiones y/o polis.

Algunos pueden argüir que la arqueología, en sí y por sí misma, no puede responder a muchas de las preguntas arriba formuladas, en lo que se refiere a un más alto grado de organización de los poblados mayas y de su sociedad. Sin embargo, con los avances que se han hecho en los estudios de campo y en los diseños de investigación, ahora dicha objeción puede ser refutada. En tanto que los datos etnohistóricos y etnográficos son invaluable, el dato arqueológico indica mucho más de lo que se acredita. Sin el dato etnohistórico, ¿sabríamos nosotros que Mayapán fue la sede del poder para todo el norte de Yucatán? Aunque nuestro primer impulso sea el de con-



testar negativamente, no es ése necesariamente el caso. Es posible que a ningún arqueólogo se le hubiera ocurrido que Mayapán era el centro integrador de toda la península de Yucatán, pero ahí están los datos para deducir tal interpretación. El registro arqueológico indica que Mayapán estaba altamente concentrado, que estuvo fortificado y densamente poblado, que tenía una gran masa arquitectónica con edificios de forma especializada, que gozaba de abundancia de depósitos ceremoniales, que no era un centro de producción especializada y, por último, que era extremadamente singular, sea por comparación con otros poblados de la región o por la misma falta de ellos. Éstas son evidencias muy específicas, restringidas a muy pocos sitios en toda el área maya. Iguales afirmaciones se pueden hacer con respecto a Tikal. Con excepción de las fortificaciones, otros sitios que se ajustan a este módulo generalizado incluyen a Chichén Itzá, Cobá, Dzibilchaltún, Calakmul, Mirador y Caracol. Esta lista incluye a la mayoría de los centros primarios conocidos. El dato arqueológico, independiente del dato etnohistórico, sugiere efectivamente que Mayapán fue una sede mayor de poder en el norte de la península de Yucatán. Es obvio que el dato arqueológico por sí solo puede ser utilizado, pero por inferencia, para hacer interpretaciones esenciales de otro orden.

#### FUTURAS DIRECTRICES

En las décadas de los sesenta y de los setenta, la arqueología de asentamientos revolucionó los estudios mayas. La prospección y la indagación en la ciudad de Tikal (Guatemala) demostraron que dicha ciudad había tenido demasiados habitantes como para haberse sustentado con el modelo tradicional de la agricultura de *milpa*. El trabajo realizado desde entonces ha comprobado una situación similar en otros emplazamientos mayas y ha resultado en una investigación sobre los sistemas extensivo e intensivo de producción agrícola. Aunque ahora se ha suscitado alguna discusión sobre la extensión de la agricultura hidráulica en el área maya, se reconoce, sin embargo, que los mayas prehistóricos practicaron tipos de agricultura de lomos y surcos, terraplenes y huerta casera.

Pero estas complejas formas agrícolas no han sido relacionadas generalmente con el sistema maya de asentamientos. Sólo ahora se empieza a reconocer que los mayas vivieron en lo que podría llamarse «ciudades-jardín». La vieja distinción que se hace entre el núcleo arquitectónico de un poblado maya y un área de sostenimiento que la rodea, donde se levantan las cosechas, hoy se ha demostrado que es falsa. Pero las ideas viejas son duras para morir, y las implicaciones de tales datos para la estructura y organización mayas no se han investigado a plenitud. Ahora existe el mecanismo que explica cómo grandes poblaciones mayas se alimentaron a sí mismas, pero estos datos se asocian a menudo con viejos modelos que hablan de sacerdotes y campesinos o de centros ceremoniales vacantes, adjudicados a los mayas como si sólo hubieran sido agricultores de milpa. Los modelos que se usan para explicar la organización y la estructura de la sociedad maya necesitan una actualización con base en la información más reciente sobre los temas de subsistencia y asentamiento.

Los estudios sobre patrón de asentamiento pueden ser utilizados para comprobar el modo como estaba estructurada la sociedad maya en un centro específico, al igual que su organización y también cómo cambiaron dicha estructura y organización en el curso del tiempo. Sin embargo, los investigadores actuales, utilizando una aproximación metodológica que ha cambiado poco desde la década de los años cincuenta, sólo descubren por lo común aspectos histórico-culturales en los módulos de asentamiento y en verdad no están capacitados para tratar los problemas del proceso cultural. La mayoría de los arqueólogos que realizan estudios sobre patrón de asentamiento usan metodologías de investigación derivadas de dos firmes baluartes: la prospección y la excavación de prueba. Éstas eran herramientas adecuadas para el análisis de asentamientos cuando se sabía poco sobre el área maya. Aun hoy son útiles si se desea determinar el tamaño de un poblado maya y su posición relativa en el tiempo. Sin embargo, estas técnicas no pueden usarse en sí y por sí mismas para averiguar cuestiones sobre procesos, costumbres y estructuras de los centros. Para investigar tales problemas se requieren diseños exploratorios muy bien elaborados, que

utilicen excavaciones intensivas y extensivas. Tales diseños exploratorios y tales métodos de excavación han probado ya su utilidad en ciertos asentamientos, donde los registros arqueológicos se utilizan bajo la óptica de la teoría antropológica, a fin de verificar, no sólo los modelos organizativos (Ashmore, 1981a; Kurjack, 1974) para los periodos del Clásico y del Posclásico maya, sino también la existencia de conceptos tan abstractos como la organización ritual y militar (A. Chase y D. Chase, 1989; D. Chase y A. Chase, 1988). Una investigación que responda a semejante cambio en el énfasis y diseño de las excavaciones revelará eventualmente precisos modelos arqueológicos de la estructura poblacional, lo que permitirá definir nuevos modelos de organización para el Período Clásico maya. Es este enfoque del aspecto arqueológico de las conductas el que permitirá que los análisis de módulos de asentamiento determinen una segunda revolución en los estudios mayas.

ARLEN F. CHASE y DIANE Z. CHASE \*  
*Universidad de Florida Central*

#### BIBLIOGRAFÍA

- ASHMORE, W., 1981a: «Some Issues of Method and Theory in Lowland Maya Settlement Archaeology», in W. Ashmore, Ed. *Lowland Maya Settlement Patterns*, pp. 37-70, University of New Mexico Press, Albuquerque.
- 1981b: *Precolumbian Occupation at Quirigua, Guatemala: Settlement Patterns in a Classic Maya Center*, PhD. Thesis, Department of Anthropology, University of Pennsylvania, Philadelphia.
- ASHMORE, W. & G. R. Willey, 1981: «A Historical Introduction to the Study of Lowland Maya Settlement Patterns», in W. Ashmore, Ed. *Lowland Maya Settlement Patterns*, 3-18, University of New Mexico Press, Albuquerque.
- BECKER, M., 1982: «Ancient Maya Houses and Their Identification: An Evaluation of Architectural Groups at Tikal and Inferences Regarding Their Functions». *Revista Española de Antropología Americana*, 12: 111-129, Madrid.
- CHASE, A. F., 1983: *A Contextual Consideration of the Tayasal-Paxcaman Zone, El Peten, Guatemala*. Department of Anthropology, University of Pennsylvania.
- 1985: «Archaeology in the Maya Heartland: The Tayasal – Paxcaman Zone, Lake Peten, Guatemala». *Archaeology*, 38(1): 32-39.
- CHASE, A. F. & D. Z. Chase, 1983: «Intensive Gardening Among the Late Classic Maya: A Possible Example at Ixtutz, Guatemala». *Expedition*, 25(3): 2-11.
- 1987: *Investigations at the Classic Maya City of Caracol, Belize: 1985-1987*. Pre-Columbian Art Research Institute Monograph 3, San Francisco.
- 1989: «The Investigation of Classic Period Maya Warfare at Caracol, Belize». *Mayab*, 5:5-18.
- CHASE, D. Z., 1986: «Social and Political Organization in the Land of Cacao and Honey: Correlating the Archaeology and Ethnohistory of the Postclassic Lowland Maya», in J. A. Sabloff and E. W. Andrews V., Eds. *Late Lowland Maya Civilization: Classic to Postclassic*, pp. 347-377, University of New Mexico Press, Albuquerque.
- 1990: «The Invisible Maya: Demography and Archaeology at Santa Rita Corozal», in T. P. Culbert and D. Rice, Eds. *Prehistoric Population History in the Maya Lowlands*. University of New Mexico Press, Albuquerque (in press).
- CHASE, D. Z. & A. F. Chase, 1988: *A Postclassic Perspective: Excavations at the Maya site of Santa Rita Corozal, Belize*. Pre-Columbian Art Research Institute Monograph 4, San Francisco.
- CHASE, D. Z., A. F. Chase, and W. A. Haviland, 1990: «The Classic Maya City: Reconsidering The Mesoamerican Urban Tradition». *American Anthropologist* (in press).
- CULBERT, T. P., & D. S. Rice, 1990: *Prehistoric Population History in the Maya Lowlands*. University of New Mexico Press, Albuquerque.
- FLANNERY, K. V., 1982: Ed. *Maya Subsistence: Studies in Memory of Dennis E. Puleston*, Academic Press, New York.

#### AGRADECIMIENTOS \*

\* La investigación en Caracol (Belize) ha sido financiada por la Fundación Harry Frank Guggenheim, la Fundación National Science (beca BNS-8619996), U.S.A.I.D., el Gobierno de Belize y donantes particulares. Las investigaciones en Santa Rita Corozal (Belize) fueron patrocinadas por la Fundación National Science (becas BNS-8318531 y BNS-8509304), el University Museum y fuentes privadas.

- FORD, A., 1986: *Population Growth and Social Complexity: An Examination of Settlement and Environment in the Central Maya Lowlands*. Anthropological Research Papers No. 35, Arizona State University.
- HARRISON, P. D. & B. L. Turner II, 1978: *Pre-Hispanic Maya Agriculture*. University of New Mexico Press, Albuquerque.
- HAVILAND, W. A., 1970: «Tikal, Guatemala and Mesoamerican Urbanism». *World Archaeology*, 2: 186-198.
- HAVILAND, W. A., M. J. Becker, A. Chowning, K. A. Dixon, & K. Heider, 1985: *Excavations in Small Residential Groups of Tikal: Groups 4F-1 and 4F-2*. Tikal Report No. 19. The University Museum, University of Pennsylvania, Philadelphia.
- KILLION, T. W., J. A. Sabloff, G. Tourtellot, & N. P. Dunning, 1989: «Intensive Surface Collection of Residential Clusters at Terminal Classic Sayil, Yucatan, Mexico.» *Journal of Field Archaeology*, 16(3):273-294.
- KURJACK, E. B., 1974: *Prehistoric Lowland Maya Community and Social Organization: A Case Study at Dzibilchaltun, Yucatan, Mexico*. Middle American Research Institute Publ. 38, Tulane University.
- MARCUS, J., 1976: *Emblem and State in the Classic Maya Lowlands: An Epigraphic Approach to Territorial Organization*. Dumbarton Oaks, Washington, D.C.
- MATTHEWS, P., 1985: «Maya Early Classic Monuments and Inscriptions», in G. Willey and P. Matthews, Ed. *A Consideration of the Early Classic Period in the Maya Lowlands*. pp. 5-54, Institute for Mesoamerican Studies Publ. 10, SUNY, Albany.
- POPE, K. O. & B. H. Dahlin, 1989: «Ancient Maya Wetland Agriculture: New Insights from Ecological and Remote Sensing Research». *Journal of Field Archaeology*, 16(1):87-106.
- PULESTON, D. E., 1983: *The Settlement Survey of Tikal*. Tikal Report No. 13, University Museum Monograph 48. The University Museum, University of Pennsylvania, Philadelphia.
- TOURTELLOT, G., 1982: *Ancient Maya Settlements at Seibal, Peten, Guatemala*, Ph.D. Dissertation. Harvard University.
- TURNER, B. L. II & P. D. Harrison, 1983: *Pulltrouser Swamp: Ancient Maya Habitat, Agriculture, and Settlement in Northern Belize*. University of Texas Press, Austin.
- VOGT, E. Z., 1983: «Ancient and Contemporary Maya Settlement Patterns: A New Look from the Chiapas Highlands», in E. Vogt & R. Leventhal, Ed. *Prehistoric Settlement Patterns*. pp. 89-114. University of New Mexico Press, Albuquerque.
- WILLEY, G. R., 1956: Ed. *Prehistoric Settlement Patterns in the New World*. Viking Fund Publications in Anthropology No. 23: 1-2, Wenner Gren Foundation, New York.

# LOS MAYAS

EL ESPLENDOR DE UNA CIVILIZACIÓN

